

cia al parecer con la guerra del 44, si la miramos con más alta perspectiva histórica, la podemos considerar que arranca de la Revolución Francesa, la cual se suele conectar con la transformación ideológica cumplida durante el siglo XVIII, que tiene sus antecedentes en el renacimiento científico del siglo anterior, de los Keplero, Galileo, Descartes, Leibnitz y Newton, el cual determinó posteriormente una enorme revolución técnica acompañada de la revolución económica consiguiente a la gran transformación industrial operada, a la que se asocia una mutación de origen puramente económico, consistente en la introducción del papel moneda como moneda legal y en el desarrollo de la banca y de las transacciones bursátiles, hechos que llevan a cabo un completo cambio del mecanismo financiero y monetario. Se entra de lleno en el capitalismo.

Parecerá un poco extraño que pretendamos establecer un paralelismo entre dos épocas que se caracterizan aparentemente por procesos inversos: la que sigue al hundimiento de la monarquía en Francia, y que llena todo el siglo XIX, y la actual. En cierto modo aparecen contrapuestas, caracterizada la primera por una evolución de sentido liberal, en tanto que la segunda, ahora en pleno desarrollo, se señala por una marcha en sentido opuesto. La cosa no es tan clara como una síntesis simplista ha supuesto; un proceso y otro son las dos ramas de una misma ondulación, en que la segunda rama es la imagen de la primera en un espejo; lo que en una está a la derecha, en la otra se halla a la izquierda, pero eso no impide reconocer en una la imagen virtual de la otra.

Releyendo, poco ha, los folletos y discursos del famoso economista francés de la primera mitad del siglo pasado Federico Bastiat, veía reproducidas las discusiones de un siglo después; los mismos temas e iguales tesis en debate. La diferencia es que los que entonces se tenían por elementos avanzados —los que la práctica del sistema parlamentario ha acostumbrado a designar izquierdas— defendían tesis favorables a la liberalización de la economía y del régimen político, en la que veían el remedio de los males sociales, y contendían con los elementos conservadores, principalmente los propietarios territoriales, que se resistían a aceptar las novedades de que la nueva burguesía era partidaria, en tanto que ahora la posición es fundamentalmente inversa: los adelantados de una reforma social hablan contra el liberalismo y piden leyes restrictivas de la libertad, de la económica especialmente; en tanto que el elemento conservador lo representa propiamente la burguesía capitalista.

Es curioso leer, por ejemplo, la defensa parlamentaria que hizo Bastiat, después de la Revolución de 1848, de lo que después se llamó el derecho de huelga y de asociación de obreros y patronos, frente a la tradicional legislación punitiva de las coaliciones. Cita el ejemplo de Inglaterra, que, después de 37 leyes represivas, se pronuncia por la libertad de coalición y de huelga pacífica y por el castigo tan sólo de las violencias.

Singular e interesante época ésta de principios del siglo pasado en la Gran Albión, que merece esbozarse con más detalle y menos partidismo que lo hace Bastiat. Las guerras napoleónicas operan una enorme alza de precios, comparable a la de la guerra europea en este siglo, seguida también de una baja semejante a la que se inicia en 1919. Hay terribles y tumultuosas conmociones obreras, promovidas primero por la carestía de la vida y luego por el paro y la baja de jornales; el hambre es en un caso y otro origen de disturbios y violencias contra las que se ensaya vanamente la represión y la libertad, con parecido

LA EVOLUCION ECONOMICA

UNA ONDA HISTORICA

FONDO DOCUMENTAL

Jerman Bernacer

Por GERMAN BERNACER

causa radical: el hambre. En 1832 los hay formidables; el trigo se encarece hasta subir a 95 chelines la arroba (quarter). En 1842 se reproducen con caracteres todavía más graves; son las primeras grandes crisis inglesas, las grandes crisis del capitalismo que sirvieran a Marx poco después, al mediar la centuria, para montar su famosa teoría de la destrucción del capitalismo por sus propios errores y contradicciones.

Pero entonces la moda, tanto en 1850 como 25 años antes, es pedir leyes liberales; lo que reclaman las multitudes son los derechos del hombre, el sufragio universal, la abolición de las leyes que prohíben o gravan la entrada de los cereales, la anulación de los derechos de aduana sobre los artículos de primera necesidad, principio que triunfa en Inglaterra en 1846, bajo el gobierno de Peel, un conservador, sin embargo. Se supone que la libertad comercial, permitiendo vender manufacturas a los extranjeros a cambio de subsistencias, al mismo tiempo que les permitirá a los obreros ingleses encontrar trabajo, abaratará el coste de su vida.

El razonamiento no era absurdo. La Gran Bretaña se desarrolló mucho industrialmente desde entonces, pero las crisis continuaron con redoblada violencia, crisis a la vez comerciales, bursátiles, industriales y financieras, que obligaron a frecuentes reformas monetarias. Hay que tener en cuenta que si Marx sacó de las crisis industriales inglesas sus ideas, Ricardo había extraído unas cuantas décadas antes, de la experiencia inflacionista de las guerras napoleónicas, sus teorías monetarias, adoptadas más tarde prácticamente con el establecimiento del patrón oro. En 1844 hubo que publicar la ley que autorizaba la emisión con respaldo de Deuda del Estado, primera derogación formal de aquel régimen estricto, que no tuvo poca parte, a mi juicio, en la gravedad de las crisis de ese período. No es dato despreciable que fuera Ricardo el maestro de Marx en teoría económica.

Aunque el movimiento general se desarrolle bajo el signo de una evolución liberal, no dejan por eso de manifestarse, desde el primer momento de esa etapa que empieza en la Revolución francesa, síntomas de una tendencia inversa, tanto en Inglaterra como en el resto de Europa.

Casi simultáneamente con las leyes liberalizadoras hay que publicar leyes de reglamentación del trabajo de mujeres y niños en las fábricas para evitar los abusos que resultaban, así como leyes de pobres para combatir una de las mayores plagas de la Inglaterra industrial: el pauperismo, que inspirara a Malthus su famosa teoría.

En Francia es Bastiat quien, consecuente con su tesis liberal, eleva su voz contra la ley de Instrucción pública, por la cual se convierte un servicio antes libre en un servicio público. Argumenta Bastiat que, mediante los impuestos directos sobre la sal y las bebidas, se va a hacer pagar a millares de padres pobres parte de los gastos de educación de los 10.000 hijos de familias pudientes comprendidos entre los 300.000 que cada año cumplen la edad de doce; lo digno de notar es que en esta oposición tiene que contender, no con los elementos conservadores, sino con los demócratas de izquierda.

unos mismos partidos y hasta personas; uno está amortiguado en tanto el otro se muestra vigoroso. Entonces era el liberalizante el que predominaba, pero podía preverse que se iría amortiguando, en tanto que el otro adquiriría más vigor de día en día, como ha ocurrido después al robustecerse la idea de que las libertades eran ineficaces para resolver por sí los males sociales.

De aquí ha resultado una curiosa inversión. Los elementos avanzados actuales, si consideramos como tales los que van en vanguardia de la evolución social hacia formas nuevas, no son los que piden más libertades, al igual que en el siglo pasado, sino los que reclaman restricciones de la libertad para impedir las injusticias sociales, lo cual tiende a establecer cierta analogía entre ellos y los restos del antiguo conservadurismo antiliberal, es decir, con los rezagados del antiguo régimen. Pero si ambos son antiliberales, lo son por razones opuestas: los unos miran hacia el pasado, los otros hacia el porvenir; unos son revolucionarios, y los otros, reaccionarios, y si resultan afines en unos puntos, son opuestos en otros muchos, lo cual no deja de crear cierto confusiónismo político, pues no todos se dan clara cuenta de este complicado juego que perturba el mecanismo político presente. Muchos espíritus simplistas ven un retorno al pasado en lo que constituye una evolución hacia formas nuevas.

Y es que resulta muy difícil llegar a comprender, con arreglo a un puro criterio político de derechas e izquierdas por ejemplo, un proceso que es bastante complejo y que sólo sus profundas raíces económicas permite esclarecer.

Entre la antigua clase conservadora de propietarios territoriales y las clases mercantiles, industriales y profesionales, base de los partidos liberales más o menos avanzados, la influencia gradualmente creciente del que se llamó cuarto estado, ha introducido, desde principios del último tercio del siglo XIX, un nuevo elemento cuyo interés particular no se liga francamente con ninguna de aquellas dos clases. Se alió con los partidos liberales a título de clase oprimida mientras se pudo pensar que de las libertades saliera acaso su liberación, y de esta época heroica del liberalismo conserva sus resabios, pero nunca ha dejado de alentar en ella la tendencia a una reglamentación protectora del trabajo, que se ha fortalecido en sus luchas sociales, y que algunos tratan de relacionar con las antiguas reglamentaciones medioevales o con las anteriores a la Revolución del 93.

El siguiente párrafo del profesor francés Halevy, en una discusión sostenida en 1936 y que ha merecido traducción reciente por la revista inglesa «Económica», caracteriza bien la situación: «El movimiento obrero ha padecido siempre de una inconsecuencia fundamental. Por una parte puede considerarse como un movimiento de liberación, una rebelión contra el régimen fabril y la subyugación del trabajo al capital. Pero, por otra parte, los trabajadores, en su rebelión contra la opresión, se ven obligados para su propia protección a ensayar e inventar una forma nueva de organización compulsiva para reemplazar a las organizaciones decadentes que fueron derribadas por el liberalismo revolucionario».

De esa doble tendencia ha resultado la escisión del movimiento obrero en las dos ramas: la compulsiva o es-

tada por el socialismo y la segunda, por el sindicalismo revolucionario.

Espero que las consideraciones anteriores contribuyan a una visión amplia de la evolución social en lo que se relaciona con los intereses económicos. Si el desarrollo del liberalismo, seguido por lo que Halevy ha llamado «la era de las tiranías», constituye una onda histórica, la instauración del feudalismo y la servidumbre, socavados y destruidos finalmente por la alianza del pueblo y del poder real, constituye otra onda anterior en una evolución que dura toda la historia, porque quizá es una gran crisis, que empezó al inventarse la moneda y organizarse la propiedad.

La principal enseñanza que de ellas quisiera derivar es una lección de tolerancia para las distintas tendencias y opiniones que pretenden dominar un problema cuya existencia es evidente y que se ha mostrado insuperable hasta ahora; debe tener una solución que desconocemos y que no hemos logrado descubrir en una serie de cambios de postura que duran siglos. ¿Cómo culpar a nadie seguramente de que no lo resuelva? No es una cuestión de voluntad, sino de técnica. Lo único que se puede pedir es que todos los hombres de buena voluntad pongan la suya plenamente en zanjara, y al menos atenuar, una cuestión sin cuya eliminación no puede haber paz entre los hombres. Es un problema económico general, que nos importa a todos más que hasta nuestro propio problema económico particular en cuanto excede de los límites de la mera subsistencia; ni aún éste le debe ser antepuesto si sabemos entender nuestros verdaderos intereses, que, a poco que se proyecten en el futuro, se convierten en los intereses de la especie.